

Graciela Illanes Adaro

Elqui en la obra de Gabriela Mistral



LEYENDO sus poemas y prosa, se observa que su rincón nativo está siempre presente en su corazón.

Mientras más distante, ya en el espacio, ya en el tiempo, más nítido surge en sus recordaciones.

A menudo su espíritu se vuelve a la tierra primigenia, al lugar en que se gestaron en su ser la belleza, el bien y la verdad. Cómo ha añorado en los lugares distantes el perfume de su terrazgo! ¡Cómo ha recordado en momentos circundados de ausencia los cerros, el río, las higueras!

En el poema «Beber» hay una reminiscencia llena de tierna unción en que surge su valle aprisionado por sus ansias y unido a su sed insaciable de bondad y de amor:

«A la casa de mis niñeces
mi madre me traía el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo
la veía sobre la jarra.
La cabeza se me subía
y la jarra más se abajaba.
Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aun estamos como estábamos.
Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua».

Hay aquí una fusión de sentimientos delicados y tiernos, unidos a «la casa de sus niñeces», ubicada en aquel valle lejano, áspero y verde.

Este poema es simbólico. Un elemento material sirve para mostrar lo profundo espiritual, abstracto. El gesto del agua ofrecida, el ansia sensorial de beberla es el símbolo que representa la inmutabilidad del ser bajo sus aparentes cambios; a través del exterior variable está la continuidad de la esencia:

«Será esto la eternidad
que aun estamos como estábamos».

En el titulado «Pan», hay una asociación de aquellos lugares que han quedado indelebles en su ánimo. Son 3 valles. El elemento que hace la concatenación aso-

ciativa o sirve de eslabón es el pan. También en esto está puesto de relieve su sentimiento filial, unido a la tierra de la infancia y al fervor que pone en su voz cuando la alza:

«Dejaron un pan en la mesa
mitad quemado, mitad blanco,
pellizcado encima y abierto
en unos migajones de ampo.
Huele a mi madre cuando dió su leche,
huele a tres valles por donde he pasado:
a Aconcagua, a Patzcuaro, a Elqui,
y a mis entrañas cuando yo canto».

Los árboles, amigos cordiales de la poetisa, a los cuales ha dedicado bellas canciones, recibieron su primera mirada en Vicuña. Elqui, valle transversal junto a un río, tiene árboles hermosos. Florece allí el espino con ariscosidad suma. Gabriela lo ha visto y ha dicho:

«El espino prende, a una roca
su enloquecida contorsión
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol».

A menudo los árboles le son evocadores; la hacen vivir en el recuerdo. Otras veces tienen contenido humano. En la poesía «Pinares» aparece enlazado el grupo de árboles al estado afectivo:

«El pinar al viento
vasto, negro ondula,
y mece mi pena
con canción de cuna».

Los hermosos pinos de Elqui, que tienen más anchura que elevación, entrelazan sus ramajes, formando arcos abovedados, y «piensan con afán humano». En la soledad y aislamiento de algunos parajes, nada es más expresivo que estos pinos.

Sin embargo, no son éstos los preferidos de la escritora. El que más a menudo aparece designado en memoria de su tierra, es la higuera. Son copiosas las higueras allí en número y en hojas y en ramas. En muchos grandes terrenos, no hay más que de estos árboles, y se producen bajo su follaje, refugios sombríos y muy frescos. Su imagen se grabó en la época más tierna de su vida y, como tal, difícilmente perderá su claridad. Unida a los días de su niñez, a los juegos infantiles, a las prístinas emociones, la encontramos en sus poemas, y su vivencia tiene el calor del recuerdo querido, siempre actual, que aroma lo venidero con ese perfume tan puro recogido en los primeros años del trayecto:

«Con las trenzas de los siete años
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral».

.....

«Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras,
mucho sed, y la siesta, una rabia».

Junto a los higuerales, al otro lado de la pirca o del tapial, avanzan los burros cargados de leña con suma mausedumbre. No lejos, los cerros.

Estos motivos han hecho decir a Gabriela que «este paisaje es bíblico». En sus poemas sobre Ruth o Booz compara «in mente» los elementos que embellecían las tierras del pueblo hebreo con éstos y le surge la comparación.

En uno de sus «recados» desde Italia, manifestó que su estada en ese país le era grata, entre otros motivos, porque el lugar en que allí actuaba estaba formado, como los de su tierra, por viñedos, higuerales y cerros. Estos últimos arrinconan y esconden el valle en cuya intimidad florece la tierra en valioso contenido. Gabriela no los ha olvidado y ya en sus poemas, ya en sus mensajes, ha expresado con cariño algo acerca de «sus cerros elquinos».

La bellísima composición «Todas íbamos a ser reinas», que también es una de las dilectas de la escritora, muestra la profusión de montañas en este valle:

«En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo o azafrán».

.....

«En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal
mece los hijos de otras reinas
y los suyos nunca jamás».

.....

«Pero el valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más,
cantan las otras que vinieron
y las que vienen cantarán».

Aquí señala a Montegrande, a la aldea seca y áspera,—caserío sobre la montaña—, que sólo tiene ribetes de verde en medio de otras rumorosas y alegres.

Algunos de los cerros tienen grandes orificios. Su corazón ha sido taladrado, aunque no siempre contenía lo que en él deseaba encontrarse. En este lugar el ensueño minero tiene de la energía que impulsa a la acción; no se queda en pura fantasmagoría, por eso existen estos socavones.

Este afán de la minería también lo ha mencionado Gabriela en «Recado sobre la chinchilla chilena». Nos dice que este útil animalito de nuestra cordillera nortina se alejó o lo dejamos irse por este deseo de extraer minerales que más o menos en la región de Elqui ya empieza a ser un carácter hereditario generalmente dominante.

Algunas veces los cerros están floridos, ora llenos

de viñedos, ora enrojecidos con la añañuca, la florcita humilde que los hermosea en septiembre, y les da rojo encanto visual. Cuando desaparece la añañuca, la poesía de muchos lugares está en la amorosa espera de su retorno.

La poetisa no los ha visto engalanados; prefiere la montaña elquina desafiante y hosca, áspera y atormentada, magullada como su corazón.

En el poema «El Ixtlazihuatl», en el que hay una alabanza para la montaña mexicana de este nombre, recuerda la de su tierra nativa y le fluye la idea de mostrar la una en relación con la otra, a la par que que manifiesta la influencia que ha recibido de su fiereza:

«Mas tú la andina, la de greña obscura,
mi cordillera la Judith tremenda,
hiciste mi alma cual la zarpa duda
y la empapaste en tu sangrienta venda.
Y yo te llevo cual tu criatura.
Te llevo aquí en mi corazón tajeado,
que me crié en tus pechos de amargura
¡y derramé mi vida en tus costados!»

Los caminos de su tierra son otro elemento que Gabriela no olvida. Considera que éstos podrían fortalecer las imágenes desteñidas, dar perfiles a los contornos que ha desmejorado el tiempo. La contigüidad de espacio haría revivir la figura que aquellos caminos hicieron avanzar:

«A la azul llama del pino
que acompaña mi destierro,
busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no la encuentro.
En mi tierra los caminos
mi corazón ayudaran:
tal vez te pintan las tardes
o te guarda un cristal de aguas».

En estas «Coplas» aparece manifiesta la ley de asociación que se cumple respecto de los fenómenos psíquicos: el uno atrae al otro cuando han motivado la conciencia unidos por el mismo lugar; en este caso, un rostro está junto a un camino y sin éste presente tarda en evocarse.

La escritora considera que las sendas de su tierra le darían realce mientras que, sin seguir por su ruta, es difícil hacerlo surgir o aparecer semi-desvanecido.

Estos caminos de Elqui conducen al río o son paralelos a él. Este está siempre presente en el valle estrecho, y se hace oír por medio de su canción de piedras. Su ritmo lo lleva la poetisa consigo y es el que ha dado a sus poemas, y el que acompasa sus momentos de soledad:

«Un río suena siempre cerca
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturia de mi sangre,
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños nos tenemos».

Sobre las tierras elquinas hay luz abundante que lo hace todo transparente y nítido. El sol todo lo aclara y purifica. Le da tonalidad especial a los jardines, y distante de su luminosidad hace añorar su tibieza. A Gabriela, aún más, hasta nombrarlo la conforta. Lo ha dicho en: «Recado de Nacimiento para Chile».

«Yo creo volver para Pascua
en el tiempo de tunas fundidas,
y cuando en vitrales arden los lagartos.
Tengo mucho frío en Lyon
y me abrigo nombrando el sol de Vicuña».

«Albricias», es otro poema unido a su infancia y a la tierra nativa. En sus «niñeces del valle de Elqui, corrió tras las albricias, gritándola y volviéndola en unidad». Seguramente era el tiempo de «la trenza de los siete años y la bata clara de percal».

En esta obrita, las frases breves y simples no son suficientes para contener toda la emoción que le forma el recuerdo del sencillo juego. Está embellecida con la gracia que tiene todo lo infantil en su creación:

«Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.

Y que del mar la pescó un ballenero,
y que el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
—«Novedad de tierra sacamos del mar
novedad de un dedito de niña;
¡la que esté manca lo venga a buscar!»

Por las citas hechas que no son todas las que sobre Gabriela podría hacerse en relación con Elqui, se ve que éste está muy unido a su ser.

No ha perdido en claridad y tersura su valle elquino ni a distantes latitudes, ni a muchos años. Cargada de vivencias, ha tornado espiritualmente a él en múltiples ocasiones. Ha vuelto a escuchar el habla doméstica, familiar, vernácula.

Los ojos que han columbrado tantos caminos, que han ansiado otras visiones, mundos ignotos, continuamente se han vuelto a lo propio y lugareño.

Su mente llena de recuerdos de vastos horizontes guarda en lugar privilegiado aquellos que pertenecen a Elqui.

En las frases sucintas en que la poetisa nombra su tierra nativa, agrupa un conjunto de sentimientos y ternura junto a las imágenes revividas.